



EPILOGO

A L año siguiente de los últimos acontecimientos narrados y coincidiendo con los treinta y tres años, más o menos, de franca amistad principiada en aquella primera velada del entresuelo, Fernando decepcionado y triste, por varios motivos ajenos a su voluntad, parte en la Diligencia como había venido años atrás, con la diferencia de los años de edad, de los desengaños sufridos en su azarosa vida y el recuerdo perenne de aquellas nacientes ilusiones del pasado, casi muertas.

Se dirigía a un paraje cercano a la capital de uno de los Estados del interior sin más compañía que su fiel perdiguero favorito, su arcón de cedro de la Habana, enfundada su escopeta, buena dotación de pólvora, tacos (1) y municiones; y, para conseguir con el aislamiento el olvido de sus penas, buscaba el acercamien-

(1) Tacos, de cartón o fieltro destinados a la carga de las armas de fuego.

to del más allá entre el verdor de los campos cultivados, de los tupidos bosques de encinos y pinares en dónde, de rama en rama y cerca de sus nidos, rebototean los pájaros cantores, gorgearo y lanzando al espacio sus claras y diminutas armonías al son del producido eco, constante, del murmullo monótono del arroyuelo de aguas cristalinas que rosan con los guijarros en su curso.

Eran las siete de la mañana de un invierno de intenso frío; pues se contaban los últimos días de diciembre y ya habían pasado algunas horas de molesto viaje dejando la Capital a la que nuestro médico no regresaría más.

Llegó la Diligencia a esa hora con sus siete mulas jadeantes y sudorosas, llenas de polvo del camino, a su primera posta; ésta era el lugar de almuerzo de los pasajeros y remuda de las bestias de tiro.

Se encontraba cerca de ese sitio, y acampado, un Regimiento en el Caserón algo destruído de la hacienda de "El Fresnillo", propiedad del Conde de Peñablanca; rara coincidencia, ya que al emprender nuevamente la carrera de la Diligencia para abandonar ese lugar, la música del regimiento principiaba a tocar el Himno perdiéndose el sonido de las vibrantes notas

de la primera estrofa, entre el chasquido del látigo del Sota-cochero y el rodar del pesado carruaje. El médico, en cuanto se dió cuenta de que tocaban el Himno, levantó la cortina de cuero y asomó la cabeza por la ventanilla; los recuerdos del pasado, cuando estudiante, se agolparon en su mente, ya que esa misma estrofa fué su predilecta en la mocedad desde que Isabelita se la tocó en el Clavecín de su casa.

Años más tarde, en aquella soledad de voluntario retraimiento, Fernando el médico entregó su alma noble y generosa al Creador.

Fué sepultado, según voluntad postrera, cerca de un arroyo que corría el pié de un añoso fresno cuyo ramaje proporcionaba una agradable y fresca sombra. Ese mismo árbol fué testigo mudo de sus pensamientos y evocaciones al atardecer, ya que muchas veces se le vió sentado al pié de dicho árbol, luciendo su luenga barba de sedosas y prematuras canas, con las que parecía un ermitaño simpático.

Así pues, sin ceremonias luctuosas por el triste acontecimiento que presentó la humildad en consorcio de escasos dolientes, el despojo humana, separado del alma que animó el vaivén mundanal, amortajado y dentro de una sencilla

caja de madera, cortada en aquellos montes cercanos y labrada apresuradamente por las manos piadosas de un improvisado carpintero, bajó a la tierra fría.

Después... el mismo árbol quedó, (no se sabe cuántas décadas más) como señal del lugar escogido para descanso de su mortal osamenta.

El médico, durante su vida, tuvo la cualidad de tener gratitud para aquellas personas que lo distinguieron; desinteresado, de nadie murmuró ni conoció el rencor para sus muy contados enemigos gratuitos sin que estos llegaran a tres, los que recibieron del mencionado médico, señalados favores cuyo pago fué la ingratitud.

Nunca pidió a persona alguna, préstamos pecuniarios ni mucho menos haberlas sorprendido para comprometerlas. Jamás manejó ni representó bienes ajenos pues fué siempre refractario, desprendido y soberbio en tratándose de intereses de los que no tuvo ambiciones ni con los suyos propios que los consideró transitorios; sembró el bien en lo que humanamente pudo y murió olvidado, como lo referimos en párrafos anteriores del presente epílogo.

De las tres hijas del médico dos contrajeron matrimonio; una de ellas se enlazó con un Mi-

nistro y sólo lo más chica, Joaquina, sin tener vocación, entró de novicia al Convento de Religiosas de Santa Inés de México, (1) y profesó de velo negro con el nombre de Sor María Joaquina del Espíritu Santo.

Ingresó al indicado Convento sumamente decepcionada por los desdenes de un ingrato galán, quien jamás supo que Joaquina lo adoró ciegamente y fué el predilecto de sus pensamientos pero con una efímera esperanza de truncadas ilusiones, aún sin embargo que muchos y apuestos varones fueron sus admiradores rechazados; ésta, al encerrarse tras de las gruesas y lóbregas paredes de Santa Inés, en donde vivió con el corazón oprimido, mató al principio toda esperanza a ese respecto, ya que, con ese acto de clausura, se apartó para siempre del bullicio inquietante de la sociedad.

Seres de apocado espíritu que por una decepción, marchitan y sacrifican su vida entera en un Convento; llámese: eclesiástica prisión perpetua.

Esto pasaba en el primer tercio del siglo XIX, época en que todavía existían los Con-

(1) El Convento de Sta. Inés se fundó en 1600 y el Templo se dedicó el 20 de Enero de 1790.

ventos, ya en la Capital, como en las demás poblaciones del resto de la República.

A la caída de la Presidencia de su Excelencia el General Don Antonio López de Santa-Anna, el ahijado Paco, que ya conocemos perfectamente y quien lucía la banda de General con sus respectivas condecoraciones, se dió de baja por ignorados motivos. Se dirigió al Valle de Tlacolula, Oaxaca, por que no deseó continuar más en la Capital.

En su viaje de radicación, llevó a los hijos de su ya fallecida primera consorte (en el capítulo tercero de la segunda parte, se indicó su muerte) y a su segunda esposa con sus pequeños vástagos.

Al principio de establecida Isabelita en el Valle de Tlacolula, Oaxaca, y a pesar de tener nueve hijos, se volvió a casar con el Mayor de Artillería Don Gabriel de Garayzábal y Gomar, conocido ya de nuestros lectores, resultando con este matrimonio, ser padrastro del General Paco y a la vez su subalterno.

Isabelita tuvo más familia; otros dos; así es que aumentó ésta a once hijos.

Por haber sido una española de constitución muy sana y fuerte, llegó a los ochenta y siete años de edad, pero siempre quitándose seis

cuando menos, ya que era Andaluza y el renglón predilecto de ellas y todas las mujeres, es aparentar la juventud aunque estén en la ancianidad. Así abandonó, (ya viuda por segunda o tercera vez) este mundo de vanidades y mentiras el dos de enero de 18... Los funerales y exequias fueron en la gran Capilla de la hacienda principal en donde residió sus últimos años; asistió a esta ceremonia luctuosa, el Obispo de Oaxaca acompañado del Capellán de la misma finca.

La desaparecida fué muy querida por su manera de ser tan bondadosa, caritativa y de fina educación; cualidades que demostró con su trato especial para todas las personas de la comarca y muy cariñosa con sus numerosos servidores que bastante la lloraron.

Pasaron algunos meses del fallecimiento de Isabelita y coincidiendo precisamente con el aniversario de su natalicio, regio mausoleo se erigió en su tumba, la que se encontraba en la misma capilla de la hacienda porque ese lugar fué escogido para sepultar sus restos mortales; además, se colocó una placa de mármol de Carrara de dos varas de largo por una de ancho con la inscripción de su nombre, ostentando el siguiente alusivo epitafio:

Aquí yaces Duquesa dignísima
 De Medina y Troncoso,
 Doña Isabel Eulalia la Excma.;
 Que en vida, por esposo...
 Llevaste el de Garaybábal y Gomar.
 Bienes mil nos hiciste
 Y, volaste al cielo, para a Dios amar...
 Descansa en Paz.

todo con letras realizadas de plata quintada fijadas en la misma placa y con cuatro argollas de idéntico metal.

Dejó una numerosa prole ya que, sin contar los muertos, fueron once hijos, cuarenta y siete nietos, diez y seis bisnietos y cinco tataranietos; además, con los abuelos, tíos, primas, nueras, cuñados, con cuñados y **cuñias** de sus hijos y de sus nietos, inclusive un sinnúmero de **contrasuegras**, todos buenos de salud y con regulares apetitos podían formar un solo pueblo.

Los últimos apuntes en San Juan del Río, a menos de media jornada en Diligencia a Querétaro, al ciento treinta y cinco aniversario del fusilamiento del Cura Hidalgo y Costilla,

México, julio 30 de 1946.

El Autor.

FIN DE LA OBRA.

SE -- ACABO -- DE -- IMPRIMIR -- LA -- TERCERA
 EDICION -- DE -- LA -- PRESENTE -- OBRA -- DE
 2000 -- EJEMPLARES -- EN -- PAPEL -- "NOVELAS
 Y -- "CHAMOIS" -- EN -- LA -- MUY -- NOBLE -- Y
 LEAL -- CIUDAD -- DE -- MEXICO. -- IMPRENTA
 "UNDA -- & -- GARCIA", -- SITUADA -- EN -- LA
 CALLE -- DEL -- TORNITO -- DE -- REGINA -- (HOY
 2A. -- CALLE -- DE -- SAN -- JERONIMO -- NUMERO
 20) -- A -- LOS -- TREINTA -- DIAS -- DEL -- MES
 DE -- JULIO -- DEL -- AÑO -- DE -- N.S.J. -- DE
 MCMXLVI